



Repensando los libros de texto



Durante años hemos tratado al libro de texto como si fuera un objeto inocente: un instrumento neutral para “explicar” lo que hay que aprender y ordenar lo que hay que evaluar. Lo abrimos, seguimos el índice, subrayamos definiciones, resolvemos ejercicios, y damos por hecho que ahí está “el conocimiento”. Pero conviene hacerse una pregunta, quizá incómoda: ¿y si el libro de texto no solo enseña contenidos, sino que también enseña silencios?

En muchas aulas persiste una lógica heredada del positivismo educativo: aprender sería memorizar información y aplicar procedimientos “correctos”. Los contenidos aparecen como acabados y las actividades funcionan como verificación. El mensaje implícito es potente: el saber ya está hecho; tu tarea es asimilarlo.

Sin embargo, la escuela no es solo instrucción. En el aula circulan identidades, valores y conflictos. Y ahí el libro muestra otra cara: también ordena el mundo. Decide qué temas entran, qué ejemplos se vuelven “normales”, qué voces se autorizan y cuáles desaparecen. Por eso, el conocimiento escolar puede leerse como conocimiento “oficial”: una selección cultural con efectos de poder, aunque se presente como neutral (Apple, 1993).

El problema no es solo lo que el libro dice, sino cómo lo dice. Suele privilegiar definiciones cerradas, razonamientos orientados a la respuesta única y relaciones pedagógicas basadas en el formato y la autoridad. Además, lo que se publica, se compra y se adopta no depende únicamente del aula: intervienen políticas curriculares, criterios editoriales y marcos institucionales que condicionan qué saberes circulan y con qué énfasis (Pinto, 2007).

El resultado puede ser desigual: quien ya domina esos códigos avanza con soltura; quien no, puede sentir que el aprendizaje es “de otros”. A veces no hace falta que el libro insulte: basta con que ignore. Cuando historias, experiencias y sueños de grupos subordinados no aparecen —o aparecen como nota marginal— el mensaje silencioso puede ser: “esto no cuenta como conocimiento.” Esa desposesión simbólica conecta con la crítica freireana a las pedagogías que niegan la palabra y la presencia de los oprimidos, reproduciendo una cultura que normaliza su silenciamiento (Freire, 1990).

¿Entonces el libro es el enemigo? No necesariamente. La pregunta decisiva es qué podría ser si cambiamos la lógica. En lugar de tratar al estudiante como receptor, un libro puede partir de lo que ya trae: experiencias, lenguajes y saberes cotidianos que sirven como puente para pensar críticamente y construir sentido. En investigación educativa esto se ha formulado como “fondos de conocimiento”: recursos culturales del hogar y la comunidad que pueden integrarse a la enseñanza para ampliar participación y comprensión (Moll, Amanti, Neff y Gonzalez, 1992). Se trata de reconocer el capital cultural de quienes aprenden y convertir la experiencia pedagógica en una invitación a nombrar el mundo, discutirlo y transformarlo, no solo a repetirlo (Freire, 1990).

Quizá el giro más importante sea este: el problema no es solo si el libro está “bien” o “mal escrito”, sino qué tipo de estudiante imagina y qué tipo de ciudadanía ayuda a formar. Un libro puede entrenar para obedecer formatos, o puede enseñar a pensar. La próxima

vez que abras uno, prueba leerlo así: no solo buscando respuestas, sino preguntándote qué mundo está construyendo. . . y, sobre todo, quién puede hablar en ese mundo. **UP**

Referencias

- Apple, M. W. (1993). The politics of official knowledge: Does a national curriculum make sense? *Teachers College Record*, 95(2), 222–241. URL: <https://web.stanford.edu/class/educ232b/Apple.pdf>
- Freire, P. (1990). La naturaleza política de la educación: Cultura, poder y liberación. Ediciones Paidós Ibérica S. A.
- Moll, L. C., Amanti, C., Neff, D., y Gonzalez, N. (1992). Funds of knowledge for teaching: Using a qualitative approach to connect homes and classrooms. *Theory Into Practice*, 31(2), 132–141. URL: <https://rylak.wordpress.com/wp-content/uploads/2012/08/moll-et-al-1992.pdf>
- Pinto, L. E. (2007). Textbook publishing, textbooks, and democracy: A case study. *Journal of Thought*, 42(1–2), 99–121.

